

REFLEXIONES EN TORNO A LA GUERRA
EN LA HISTORIA DE LA PLENA EDAD MEDIA
(GUERRA, EJÉRCITO Y SOCIEDAD
EN ARAGÓN. SIGLOS XI-XIII)

José Ángel Sesma Muñoz

RESUMEN

La falsa imagen de «il gioco della guerra» o «antiqua festa crudele» pervivió hasta los tiempos modernos. La guerra y los vencedores en ellas han sido los protagonistas de la historia. Los historiadores, desde siempre, han sentido atracción por la guerra, las batallas han marcado los cambios de las sociedades y el entramado que sostiene la identidad histórica de las distintas naciones se sustenta en batallas y gestas de grandes guerreros. Guerra santa, justa, necesaria. Esta tendencia hacia una «historia-batalla» hace algún tiempo que comenzó a superarse (historia política, social, económica, de las mentalidades) y la guerra como fenómeno histórico ha pasado a analizarse con criterios sociológicos, como un fenómeno social, a través de sus efectos económicos, por su desarrollo técnico y como argumento cultural y mental. Todo ello sin perder de vista que lo sustancial en ella es la violencia. Un triple entramado, «guerra, ejército y sociedad», se impone para servir de firme plataforma para un conocimiento riguroso. Una aproximación en el reino de Aragón en los siglos centrales de la Edad Media puede servir de modelo.

PALABRAS CLAVE: Reino de Aragón, servicio militar, arte de la guerra.

ABSTRACT

The fake image of «il gioco de la guerra» (war-play) or «antiqua festa crudele» (old cruel feast) survived till modern times. War and its victors have been the main characters in history. Historians have always felt attracted by war, battles have marked societies' changes and the net that holds the historical identity of the different nations is sustained in battles and heroic deeds of great warriors. Holy war, fair war, necessary war. This tendency towards a «history-battle» started to be overcome some time ago (political history, social history, economical history, history of mentalities), and war as a historical phenomenon has come to be analyzed with sociological criteria, as a social phenomenon, through its economical effects, its technical development and as a cultural and mental matter. All that without losing sight of what is substantial in it: violence. A threefold perspective, «war, army and society», is necessary as a solid base for a thorough knowledge of the subject. An approach to the kingdom of Aragon in the central centuries of the Middle Ages can be used as a model.

KEY WORDS: Kingdom of Arragon, military service, art of war.



Quiero comenzar mi intervención haciendo mía la declaración con que Carlo Cipolla iniciaba hace cuarenta años el prólogo a su estudio magistral sobre «Cañones y velas»¹. Decía, con una cierta solemnidad, que

aun cuando reconozco que las guerras y revoluciones son una entre las varias formas posibles de resolver los asuntos humanos, soy un pacifista inveterado, ya que me siento inclinado a creer que tal solución ni es racional ni es correcta.

Cipolla se pronunciaba en esto, como lo hago yo, sabiendo que durante los milenios de existencia de la humanidad, la violencia ha sido una fórmula constantemente aplicada para dirimir las diferencias surgidas entre grupos y sociedades y que a juzgar por lo que sigue sucediendo, humanidad no se puede asegurar, pero guerra todo parece indicar que hay para rato.

Y lo digo también aceptando la dosis de participación que nos corresponde a los historiadores en lo tocante a enaltecer y hacer objeto de admiración todo lo que rodea a la guerra y sus vencedores, porque ya desde los inicios míticos se estableció la íntima relación entre historia y guerra, pues al fin y al cabo la historia fue concebida para conseguir fijar en la memoria colectiva las hazañas casi siempre guerreras de los pueblos y sus grandes personalidades, con el fin de que sirvieran de ejemplo y guía a las generaciones posteriores.

Misión ésta que aceptaron los cronistas y analistas de todos los tiempos sin grandes objeciones. La visión épica y olímpica de los orígenes se prolongó en la Edad Media; la guerra «fresca y jovial» que cantaban los trovadores; la guerra santa y justa que predicaba la iglesia; la guerra heroica y ritual de la caballería. La guerra necesaria de siempre, que ha terminado siendo una estructura de la realidad histórica², presentada desde la consideración de «antiqua festa crudele», en expresión recogida por Franco Cardini³, cantada como un acto de amor y un juego bello y deseable («che gioiosa cosa la guerra», «il gioco della guerra»), dándole así una imagen que nunca coincidió con la dura realidad, sino que, lo mismo que el feudalismo, no pasa de ser un imaginario visto e impulsado para crear un estado de opinión.

La sensación festiva, transmitida con ligereza, se mantuvo mucho tiempo, hasta que se impuso la autenticidad en el momento final de la Edad Media, al irrumpir en el campo de batalla las máquinas humanas y perfectas de matar, es decir, las compactas y anónimas formaciones de los piqueros suizos al ritmo del tambor, y las bombardas impulsadas por la pólvora, con el estruendo, humo y destrucción en la distancia. Con ellas se acababa el carácter casi lúdico, comparado a un juego noble, que se había dado a la guerra y se pasaba a considerarla, según la

¹ *Guns and Sails in the Early Phase of European Expansion, 1400-1700*, primera edición 1965.

² M.A. LADERO QUESADA, «Guerra y paz: teoría y práctica en Europa Occidental. 1280-1480», en *Guerra y Diplomacia en la Europa Occidental 1280-1480*. XXXI Semana de Estudios Medievales de Estella, Pamplona, 2005, p. 66.

³ *Quell'antiqua festa crudele*, Florencia, 1982.



definición de Erasmo, como un «homicidio colectivo», «tanto más infame, dice, cuanto más extendida». Lo que, por otra parte, no impedía que se siguiese apreciando como necesaria, oportuna y justificada, como pondrá de manifiesto después Voltaire que, un tanto escandalizado, escribe en su *Diccionario Filosófico* en referencia a la guerra, que «lo más maravilloso en esta empresa infernal, es que cada organizador de matanzas hace bendecir sus propias banderas e invoca a Dios antes de exterminar a sus semejantes». Pero a pesar de todo, los héroes y las acciones victoriosas siguieron mereciendo la consideración de gestas gloriosas⁴.

Y esa especie de arrobamiento lo mantenemos todavía los historiadores, que sentimos una cierta atracción por las guerras. Y esto, no sólo porque seguimos empeñados en utilizarlas como referencias cronológicas más destacadas y todavía nos servimos de batallas y conquistas por las armas para señalar las etapas y los cambios del conjunto de las sociedades. Es más, en un ambiente actual, donde se condena con razonable unanimidad la guerra, ésta sigue siendo no sólo tema de análisis en estudios historiográficos serios y rigurosos⁵, sino también, con el recurso a los tópicos más rancios, se mantiene como objeto de atención de obras de divulgación y de propaganda y lo que es más grave, en ese género tan de moda actualmente de la novela histórica, que crea opinión entre una parte de la población, la guerra y sus héroes siguen siendo protagonistas de lo que pasa por la auténtica historia.

Es curioso observar que, a la propuesta tolstoisiana de los organizadores del Seminario, *Guerra y Paz*, prácticamente todos los conferenciantes, al menos por los títulos, nos hemos decantado por la primera. Y es que quizá debamos reconocer que tampoco en nuestro entorno académico e interdisciplinar hemos sido capaces de contradecir la afirmación de Francisco Umbral, en el sentido de que el mundo funciona mediante los mecanismos de la guerra, porque la paz es reaccionaria, poco productiva y aburrida⁶.

De hecho, debemos ser conscientes de lo poco que nos quedaría a los medievalistas hispanos sin la reconquista ni la guerra de los Dos Pedros, sin las batallas de las Navas y de Aljubarrota, sin la conquista de Toledo y la toma de Granada, sin Alfonso el Batallador y Fernando III el Santo. O a los ingleses sin la guerra de las Dos Rosas, las batallas de Hasting, Crezy y Azincourt, el sitio de Calais y el gran Guillermo el Conquistador y Ricardo Corazón de León. O a los franceses sin la guerra de los Cien Años, sin la rota de Roncesvalles y la batalla de Bouvines, sin Carlomagno, el rey San Luis y, sobre todo, sin su Juana de Arco.

⁴ Son muy interesantes los textos incluidos en el catálogo de la exposición *Il gioco della guerra. Eserciti, soldati e società nella Europa preindustriale*, organizada en Prato en 1984 coincidiendo con la celebración de la Settimana di Studi del Istituto Datini sobre «Gli aspetti economici della guerra, sec. XIV-sec. XVIII».

⁵ Como simple referencia, aparte de este seminario del CEMYR, se puede aludir a la 6ª edición con bibliografía actualizada de la obra de Ph. CONTAMINE, *La guerre au Moyen Âge*. París, 2003, y el volumen, *Guerra y Diplomacia en la Europa Occidental, 1280-1480*, Pamplona, 2005, que recoge las actas de la XXI Semana de Estudios Medievales de Estella (julio 2004).

⁶ En una de sus brillantes columnas del diario *El Mundo*.

Y no sólo porque constituyen los hitos cronológicos por los que transita la narración histórica, sino porque forman el entramado que sostiene el gran edificio común que hasta ahora nos está cobijando, la nación, cuyo único gran argumento de unión es la historia y, precisamente, la historia concebida al modo mítico, con la guerra y las gestas de los grandes personajes al frente del pueblo contra los de afuera y haciendo una, grande y libre a la comunidad.

1. DE LA HISTORIA-BATALLA, A LA GUERRA COMO ESTRUCTURA

Afortunadamente, los estudios sobre historia militar y actividades guerreras hace ya un tiempo que experimentaron una seria renovación. Como expresaba hace más de un cuarto de siglo Philippe Contamine, sin duda el impulsor del cambio de cuestionario, el tema de la guerra en su dimensión histórica «debe ser abordado desde diversos ángulos si se le quiere entender en sus verdaderas dimensiones: arte militar, armamento, recluta, composición y vida de los ejércitos, problemas morales y religiosos planteados por la guerra, lazos entre el fenómeno guerra y el entorno social, político y económico»⁷.

Y el resultado de este deseo programático queda reflejado en la abundante bibliografía que desde entonces busca dar respuestas a esos y otros planteamientos surgidos en torno a la guerra⁸. Aportaciones que en lo que respecta a la historiografía hispana ha significado un cambio de enfoque radical⁹, valorado como positivo por el profesor Miguel Ángel Ladero¹⁰. A la luz de la aproximación bibliográfica de estos últimos años, se observa un renacer de los estudios sobre ejércitos, guerras y actividades militares, que sigue la línea emprendida anteriormente por las historiografías inglesa y francesa.

⁷ Su libro *La guerre au Moyen Âge*, París 1980, constituye el punto de partida de la renovación de los estudios sobre la guerra en la Edad Media. Son muy interesantes sus reflexiones recientes en «Vingtdeux ans après, ou 'La guerre au Moyen Âge' revisitée», *Cahiers du CRHDI (Bruselas)*, 18, 2002, pp. 91-202, y «Guerre, État et société: une révision à la lumière de la crise politique et militaire dans la France du deuxième quart du xve siècle», en *Guerra y Diplomacia en la Europa Occidental*, cit., pp. 117-140.

⁸ Una última referencia la encontramos en la «Aproximación bibliográfica» (M. Beroiz e I. Mugueta) recogida en el volumen de las actas de la XXXI Semana de Estudios Medievales de Estella, *Guerra y Diplomacia en la Europa Occidental*, cit., pp. 423-467.

⁹ Puede verse un buen balance y una completa información bibliográfica (realizada por F. García Fitz) en M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, «Historia política y estructura de poder. Castilla y León», en *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico, 1968-1998*, xxv Semana de Estudios Medievales de Estella, Pamplona, 1999, pp. 201-220.

¹⁰ Véase la «Presentación» al número extraordinario (2001), de la *Revista de Historia Militar* (Instituto de Historia y Cultura Militar), *Los recursos militares en la Edad Media Hispánica*, pp. 9-15; más recientemente, el extenso comentario introductorio en «Guerra y paz: teoría y práctica», cit., pp. 21-68.





Lo que hasta hace unos decenios era la «historia-batalla», es decir, una más o menos ordenada descripción de guerras y batallas, cuerpos armados y estrategias, en el contexto de una historia política tradicional, y con el protagonismo atribuido al genio militar de un individuo, el héroe y el caudillo en sus diversas variantes, se ha transformado en un factor de cohesión del sistema social. La renovación y ampliación de conceptos, contenidos y manifestaciones de la guerra como estructura histórica se ha ido convirtiendo en lo que se llama «historia militar», para lo que el cuestionario antiguo se ha visto enriquecido con múltiples aportaciones.

En primer lugar, con criterios sociológicos, a través de los que se puede establecer la articulación de los poderes —militar y político— en torno al control de la fuerza; en segundo lugar, con cuestiones propias de la historia social, que permite analizar la organización de la sociedad ante la guerra, la relación entre la jerarquía social y las obligaciones militares, la correspondencia entre recursos económicos, desarrollo técnico y esfuerzos bélicos, entre otras cuestiones. Y, en último término, se ha observado la guerra bajo el prisma de la historia cultural y mental, atendiendo a aspectos fundamentales, desde la ideología de guerra y la opinión ante la guerra, hasta las formas de vida desplegadas por el combatiente y por la sociedad que se ve sujeta a un periodo de confrontación bélica.

Todo ello, sin perder de vista lo que hay de sustancial en la guerra como manifestación de la violencia, es decir, el análisis de las batallas, el armamento, los contendientes, los medios de ataque y defensa, el desarrollo de las acciones, los escenarios, etc., con visiones más técnicas y la colaboración de otras disciplinas como la arqueología y los análisis químico y forenses, por ejemplo.

Es en especial para la Edad Media, donde estas innovaciones han introducido mayores cambios. El vigor atribuido a la incitación religiosa y al componente sacro de la violencia organizada, más allá de la «guerra santa» y la «cruzada», propiamente dichas, contra los musulmanes o infieles. El convencimiento de que la guerra no produce bienes económicos, sino que ayuda a destruirlos; y que si bien el poder político puede hacer uso de la guerra como pretexto para su fortalecimiento, la presión fiscal y el cobro de impuestos extraordinarios a que obligan cada vez más la evolución de los ejércitos, da como resultado final el empobrecimiento general de la sociedad, con el descontento de todos los grupos y el agotamiento de las fuentes de aprovisionamiento de las finanzas públicas. Por eso, como se aprecia de forma definitiva en los siglos bajomedievales, la guerra constituye una falsa salida para las crisis de tipo sistémico.

También es en los siglos medievales donde se observan las grandes paradojas en cuanto a la guerra. Por un lado, parece incuestionable que es un fenómeno omnipresente en la vida de los hombres medievales, todos la temen y la sufren; durante siglos la guerra mantuvo su presencia y se convirtió en elemento conformador de la sociedad occidental europea, fue «la vida misma» llega a escribir George Duby en su espléndido libro *Le dimanche de Bouvines*¹¹, y hacer la guerra y vivir en guerra

¹¹ *Le dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214*, Paris, 1973.

se convirtieron en elementos esenciales, casi «estructurales» de la sociedad feudal medieval.

Pero, al mismo tiempo, como afirma el profesor Mattoso en el prólogo a la *Nova História Militar de Portugal*¹², en la Edad Media apenas podemos encontrar lo que se llama propiamente «guerra», esa que se configura a partir de la formación de ejércitos estatales, por lo que si en parte es cierto que a la medieval se le puede considerar una sociedad eminentemente guerrera, no podemos encontrar «verdaderos profesionales de la guerra», porque si bien consideraba la función militar como la prerrogativa de una clase social, ésta venía impuesta por la sangre y no como una categoría profesional¹³; clasificaba a la población según la forma de combatir, peones y caballeros, pero todos los varones adultos debían hacerlo, y además como podían, con sus propias armas, sin disciplina militar y tan apenas con alguna organización y mando, es decir, no había distinción entre militares y civiles. Esto hace que debamos concluir, según Mattoso, que efectivamente las actividades guerreras impregnaban en profundidad la vida cotidiana de la Edad Media, algo que Huizinga también había dicho mucho tiempo antes, pero lo hace de una forma difusa y poco especializada, lo que da un contraste entre la Edad Media y la progresiva profesionalización de la vida militar que se produjo a partir del siglo XVI. Y esta profesionalización se da en coincidencia con la visión «negra» de la guerra y la pérdida de la imagen «de juego y diversión».

Por otra parte, no parece haber ninguna duda que la organización militar está en estrecha relación con las estructuras de poder. La comunidad tiene el deber y el derecho de defenderse, y para ello delega en un grupo de hombres el ejercicio de la fuerza, con la encomienda de disponer la defensa y mantener el control interior haciendo cumplir unos criterios de orden y justicia; pero, al mismo tiempo, se considera legítimo que cuando su potencia lo permita, esa comunidad amplíe su área de influencia y de beneficio, extendiendo su poder por medio de la violencia sobre espacios y sociedades próximos o lejanos. Las diferentes formas de desplegarse la relación entre el poder, llamémosle político y civil, y la fuerza armada definen la propia organización social. La diferencia entre público y privado a estos efectos tiene muy poca sustancia.

Esta realidad, admitida sin resistencia para tiempos históricos más recientes, se producía a pesar de la indefinición de los términos, exactamente igual en la Edad Media, sin mayores cuotas de arbitrariedad añadidas, algo que conviene tener en cuenta, lo mismo que es preciso matizar el estigma de época de barbarie y de irracionalidad adjudicado a los siglos medievales, a cuyos comportamientos feudomilitares se suelen atribuir los más altos niveles de brutalidad y sinrazón, aplicando

¹² *Nova História Militar de Portugal*, vol. 1, Lisboa, 2003.

¹³ Aquí deberíamos introducir la confrontación entre J. Flori y D. Berthélémy en torno a si la caballería es (Flori) o no es (Berthélémy) una clase social. Para éste es una «profesión», una suerte de corporación de gentes de armas y está compuesta por niveles muy diversos, que tienen en común sólo el ejercicio de las armas (J. FLORI, *Chevaliers et chevalerie au Moyen Âge*, París, 1998).

todavía en la actualidad el calificativo de «medieval» a cuantas acciones están teñidas de un comportamiento violento, degradante y retrógrado, olvidando efectuar una reflexión sobre el progreso experimentado en ese campo por la sociedad occidental con sus más dramáticas manifestaciones en el siglo pasado, el XX, y las perspectivas con las que se inicia el XXI.

2. GUERRA, EJÉRCITO Y SOCIEDAD EN EL REINO DE ARAGÓN

Dejando ya esta introducción, voy a pasar a una presentación de los elementos básicos que caracterizan la guerra y el hecho militar en Aragón y su conexión con la situación política, económica, social y mental atravesada por sus gentes entre los siglos medievales. Tiene que ser una exposición muy incompleta, a manera de recorrido por las líneas principales, tomando los tres conceptos elegidos como referencia, es decir, guerra, ejército y sociedad.

Cronológicamente, los 500 años en los que se desarrolla el proceso, pueden aparecer divididos en dos periodos. El primero, hasta finales del siglo XIII, tras la conquista de Mallorca y Valencia, con las que concluye la gran expansión que durante casi trescientos años incorporó a control cristiano y feudal extensos territorios secularmente en poder de los musulmanes, lo que supuso sucesivos cambios en la estructura política, social, económica y mental de la sociedad aragonesa; estos cambios, a su vez, habían modificado la organización y dimensión de la guerra y los ejércitos, estableciéndose una especie de simbiosis entre la sociedad civil configurada para la guerra y el poder creado y apoyado precisamente para la guerra de expansión sobre los espacios inmediatos. Y serán los cambios impuestos por esta dinámica expansiva y las transformaciones de la organización del ejército y la guerra, los factores que contribuirán a la evolución de la sociedad y del poder.

El segundo, que corresponde a los siglos finales de la Edad Media. La guerra se sigue manteniendo como una constante en la historia aragonesa, exactamente igual que en el resto de países occidentales, pero los objetivos ya no son los de expansión por los territorios vecinos, sino más bien los de defensa de las fronteras, como es el caso de los continuados enfrentamientos con Castilla y Francia, o bien son guerras de conquista de la monarquía, que tienen lugar en espacios muy alejados del territorio aragonés y para las que la participación solicitada a la sociedad del reino es la financiación. Este es el caso de las campañas emprendidas desde 1282 en Sicilia, después en Cerdeña, Nápoles y algún otro ámbito del Mediterráneo y que se mantendrán con mayor o menor intensidad hasta el reinado de Fernando II, continuando en época moderna a través de la unión con Castilla y la formulación de la monarquía hispánica.

Voy a atender solamente a la primera etapa, que sin ser totalmente homogénea, corresponde sin duda a la época que ha generado más tópicos en torno a la guerra y los combatientes, por ir unido a los comienzos de la reconquista y a las primeras formulaciones de los reinos cristianos y, sobre todo, al incorporarse la incitación religiosa de lucha contra los musulmanes como factor justificativo e impulsor de una violencia necesaria para el fortalecimiento de un poder político y



social¹⁴. El lento establecimiento de una organización eclesiástica en expansión, con el respaldo de la autoridad papal, en paralelo con la fijación de unos ámbitos de poder a cuyo frente se consolidan las familias más poderosas encabezadas por el linaje del monarca, impulsa la «guerra santa» como argumento para el control de un territorio y una sociedad, con una organización que sirve para perpetuar en el poder a la minoría que dispone de la fuerza y los medios de la guerra.

Al margen de los tópicos, las características generales se apoyan en la constante presencia de la guerra en el horizonte cotidiano de los cristianos peninsulares. En el caso concreto de los primitivos aragoneses, los primeros momentos serán de supervivencia para los pequeños núcleos encerrados en los valles altos del Pirineo, protegidos fundamentalmente por la geografía y por su propia pobreza, que los hacía poco apetecibles: establecimientos de colonos en las bocas de esos valles, resistencias ante exigencias fiscales de los musulmanes y poco más durante los primeros siglos, con alguna acción guerrera oscuramente narrada, como la que la leyenda adjudica sobre la retaguardia de las tropas de Carlomagno en algún paso pirenaico.

Hasta bastante después, al arrancar el siglo XI con el cambio de coyuntura general, no se puede observar que estas tierras y sus habitantes son protagonistas de un movimiento expansivo necesario para su propia supervivencia y avanzadilla de un frente ideológico que hace a las gentes del sur, los musulmanes, el enemigo al que hay que derrotar¹⁵.

Para mediados del siglo XI se constata el desarrollo de una noción de frontera con connotaciones guerreras; la voz frontera, que sustituye a «extremadura», nos presenta ya una clara oposición entre cristianos y musulmanes¹⁶; la lucha de los primeros contra los segundos, a los que la Iglesia reúne bajo el rótulo de «miembros del séquito del diablo», está, pues, teñida de un carácter religioso, uniendo así la simple expansión del reino con las ventajas adquiridas por sus grupos militares, con el más alto objetivo de contribuir al florecimiento de la fe cristiana¹⁷. Esta guerra, según Sénac, es plenamente una guerra justa para la «liberación del pueblo cristiano de la presión de los ismaelitas».

En muy poco tiempo se pasa de realizar acciones de pillaje y de guerrilla, con objeto de fijar posiciones y recoger botín, emprendidas por una especie de banda o cuadrilla de guerreros dirigidos por un jefe militar, a otras más organizadas,

¹⁴ Véanse los trabajos recogidos en Th. DESWARTE y Ph. SÉNAC (dirs.), *Guerre, pouvoirs et idéologies dans l'Espagne chrétienne aux alentours de l'an mil*, Turnhout, 2005.

¹⁵ Como visión de conjunto, C. LALIENA y Ph. SÉNAC, *Musulmans et Chrétiens dans le Haut Moyen Âge: aux origines de la Reconquête Aragonaise*, París, 1991.

¹⁶ La frontera aragonesa con los musulmanes en el siglo XI ha sido objeto de estudio por Philippe Sénac en trabajos como «Frontière et reconquête dans l'Aragon du XI siècle», en *Frontières et espaces pyrénéens au Moye Âge*, Perpiñán 1992, pp. 47-60, e «Islam et chrétienté dans l'Espagne du haut Moyen Âge: la naissance d'une frontière», *Studia Islamica*, 1999, pp. 91-108.

¹⁷ J. FLORI, «Le vocabulaire de la 'reconquête chrétienne' dans les lettres de Grégoire VII», en C. LALIENA y J.F. UTRILLA (eds.), *De Toledo a Huesca. Sociedades medievales en transición a fines del siglo XI (1090-1100)*, Zaragoza, 1998, pp. 247-268.



de entidad algo más considerable, en las que los señores de la tierra, ya caballeros por ir sobre sus monturas, agrupados en torno a la figura de un conde o un rey que los dirigía, emprenden operaciones planeadas, cuya finalidad militar estaba impulsada por el interés económico y por ser la fórmula para adquirir poder y prestigio¹⁸. Al componente económico y social, se añade la vertiente política y, simultáneamente, la decisiva idea de guerra santa contra los infieles que acabará por dar sentido global a la programación.

La ampliación del territorio fue espectacular. En apenas cincuenta años la monarquía aragonesa y pamplonesa, unidas en un trono común¹⁹, configuró el gran espacio político-militar del cuadrante nororiental de la península, extendiendo su poder desde los valles altos del Pirineo al valle medio del Ebro y dominando las primeras grandes ciudades conquistadas a los musulmanes: Huesca, Barbastro, Ejea, Tudela, Calatayud, Tarazona y Zaragoza; también venciendo en batallas campales que en la lejanía se identifican con las mayores reñidas en esos siglos; son los casos de la batalla de Alcoraz que propició la toma de Huesca (1095), que significó el triunfo de los navarroaragoneses apoyados por sus aliados del sur de Francia, sobre las tropas musulmanas que estaban auxiliadas por los castellanos, o la batalla de Cutanda, poco después de la conquista de Zaragoza (1118) y que se saldó con la derrota del ejército almorávide que quería retomar el valle medio del Ebro.

Se trata, por tanto, de guerra en el más puro sentido del término, planteada casi ininterrumpidamente durante largo tiempo, sostenida por un ejército casi permanente, que era soportado por una sociedad muy bien adaptada para contribuir a ello. La única razón que puede explicar esta expansión tan espectacular (unos 25.000 km cuadrados en poco más de treinta años) es que la formación sociopolítica de los cristianos estaba orientada hacia la guerra de conquista, donde al grupo de los «milites», encabezado por el rey como máxima expresión de esta organización, puede considerarse como profesionales de la guerra, pues no sólo todos sus miembros vivían de las rentas y excedentes del trabajo desarrollado por el resto de la población, que estaba regido y gobernado por ellos, para poder sostener su equipamiento y entrenamiento militar, sino que promovía y alentaba las empresas guerreras como medio de obtener botín y ampliar su dominio sobre nuevas tierras y hombres.

Al mismo tiempo, el propio impulso adquirido y la dinámica generada con la expansión, provocaría la gran transformación social para mantener y prolongar esa expansión. La llegada de gentes de fuera, guerreros, campesinos, burgueses y hombres

¹⁸ J.A. SESMA MUÑOZ, «Instituciones feudales en Navarra y Aragón», en *En torno al feudalismo hispánico. I Congreso de Estudios Medievales*, Ávila, 1989, pp. 341-371; C. LALIENA CORBERA, «La formación de la sociedad cristiana en el Pirineo central aragonés en los siglos VIII-IX», en *Frontière et espaces pyrénéens*, cit., pp. 69-94; «La formación de las estructuras señoriales en Aragón (ca. 1083-ca. 1206)», en E. SARASA y E. SERRANO (eds.), *Señorío y feudalismo en la Península Ibérica (ss. XII-XIX)*, Zaragoza, 1993, t. I, pp. 553-585, y «Expansión territorial, ruptura social y desarrollo de la sociedad feudal en el Valle del Ebro, 1080-1120», en *De Toledo a Huesca*, cit., pp. 199-228.

¹⁹ Una excelente visión de conjunto se presenta en A.J. MARTÍN DUQUE, «Navarra y Aragón», en *Historia de España Menéndez Pidal. La reconquista y el proceso de diferenciación política, 1035-1217*, tomo IX, Madrid, 1998, pp. 239-326.

de iglesia atraídos por las posibilidades y las ventajas ofrecidas en los espacios conseguidos y de cara a la continuación de la guerra de conquista, aportará la nueva dimensión para el cambio de mentalidad del combatiente y de la forma de hacer la guerra, buscando siempre llevar hacia el sur las fronteras políticas, religiosas y económicas.

Al frente del sistema está el príncipe, que era, sin duda, el primer caballero y el jefe del ejército, alrededor del cual se congregaba la fuerza guerrera del reino y el aparato de gobierno²⁰. De la intensa participación militar de los reyes nos quedan los argumentos indiscutibles de sus muertes en campaña contra los musulmanes. De los reyes aragoneses sabemos que Ramiro I murió a las puertas de la villa de Graus guerreando con un ejército islámico auxiliado por tropas castellanas; su hijo y sucesor Sancho Ramírez, en junio de 1094, mientras recorría las murallas de Huesca, según dicen las crónicas, buscando puntos débiles para atacar, y una flecha lanzada por un defensor le entró por la escotadura de la loriga y le atravesó el costado, muriendo dos días después a los 51 años de edad.

Su hijo Pedro I no falleció en combate, pero sí como consecuencia de su actividad bélica durante más de veinte años, en septiembre de 1104, cuando contaba 36 de edad. Su hermano y sucesor, Alfonso el Batallador, murió siendo sexagenario, poco después de la derrota sufrida en el sitio de Fraga, que le aceleraría las múltiples secuelas arrastradas tras una vida completa de servicio militar, que le había hecho recorrer prácticamente la península en constante ejercicio guerrero.

Las muertes sucesivas de estos reyes, reyes todavía muy combatientes, nos señalan también la frecuencia de los fallecimientos tempranos de los caballeros, bien directamente en el campo de batalla o como consecuencia de las heridas y enfermedades derivadas de las malas condiciones de vida que la participación en las guerras iban dejándoles en el cuerpo y dañando su salud. Guerra gloriosa, guerra festiva y heroica, guerra justa y santa, pero que provocaba la muerte y la ruina no sólo de los militares que participaban, también de los civiles que padecían las consecuencias.

La magnitud del ejército real debe ponerse en relación con el número de los nobles o barones que se repartían los grandes dominios del reino, que nunca nos puede dar cifras elevadas. El rey Ramiro no contaría con muchos más de los veinte caballeros que son tenentes de sus castillos y la media docena de obispos y abades, a todos los cuales hallamos rodeando de continuo al monarca, formando su consejo y firmando sus documentos y, quizá, otros tantos jóvenes, hijos y parientes de los anteriores; en época de Pedro I y Alfonso el Batallador, el número se habría posiblemente duplicado y pasaría del centenar entre personajes de alto rango, nobles rurales, segundones de linajes y cargos eclesiásticos que toman las armas.

Bien es verdad que en las grandes operaciones militares se producía la llegada de caballeros de otras tierras que acudían para adquirir prestigio y para cumplir los compromisos. Así, al anuncio de la empresa sobre Barbastro en 1064²¹, la pri-

²⁰ C. LALIENA CORBERA, *La formación del Estado feudal. Aragón y Navarra en la época de Pedro I*, Huesca, 1996.

²¹ El episodio de Barbastro ha sido objeto de múltiples estudios. Como referencia más clásica, se puede señalar P. BOISSONNADE, «Cluny, la papauté et la première grande croisade inter-



mera ciudad musulmana conquistada tras un cerco, no acudirían los cuarenta mil galos y normandos que Ibn Hayan e Ibn Idari, los cronistas árabes, anuncian para justificar la derrota, pero sí un cierto número de señores con sus pertrechos hasta formar lo que el cronista Amato de Montecasino denomina «une grand chevalerie di francoiz et de Burguegnons et d'otra gent»²².

Y cincuenta años después, cuando se proceda a la conquista de Zaragoza, los grandes caballeros del sur de Francia, Gastón de Beárn, Céntulo de Bigorra, el conde de Perche y otros más, recién llegados de la Primera Cruzada, se incorporan al ejército de su señor el rey de Aragón, contribuyendo con su experiencia de cercos y su práctica de asalto de murallas, a realizar una acción modélica, con la construcción de ingenios, la excavación de minas y todo lo que podemos considerar alta tecnología militar. Y es que, además de los deberes feudales, como nos cuenta el cronista Orderic Vital, en tiempos de Alfonso el Batallador, eran numerosos los caballeros normandos, borgoñones, aquitanos, gascones, castellanos y catalanes que, imbuidos de un firme espíritu de cruzada y ávidos de recibir feudos en las tierras ganadas, acudían a hacerse vasallos del rey de Aragón y participar en sus campañas victoriosas²³.

No obstante, a pesar de todas las circunstancias, es difícil pensar en el mejor de los casos en contingentes militares superiores a quinientos jinetes y algunos pocos miles de peones. Ni la demografía ni los pertrechos daban para muchos más y además hay que suponer también que en estas operaciones largas que se prolongaban un tiempo considerable, mucho más allá de las obligaciones marcadas por el beneficio y el compromiso, se pondría en práctica un sistema de rotaciones en la asistencia a la hueste real y la presencia más completa de todos los miembros del equipo lo sería sólo en los momentos más comprometidos.

A la defensa del territorio y, sobre todo, a preservar la paz en el interior del reino, estaban obligados todos los habitantes sin ningún tipo de excusa. Este principio general fue recogido en los más antiguos fueros del reino, en textos muy expresivos:

nationale contra les Sarrasins d'Espagne: Barbastro (1064-1065)», *Revue des Questions Historiques*, 117, 1932, pp. 257-301; más recientemente, A. FERRERIO, «The siege of Barbastro, 1064-1065: A Reassessment», *Journal of Medieval History*, 9, 1983, pp. 129-144; J. FLORI, «Reforme, reconquista, croisade. (L'idée de reconquête dans la correspondance pontificale d'Alexandre II à Urbain II)», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 40 (1997), pp. 317-335, y «De Barbastro à Jérusalem: plaidoyer pour une redéfinition de la croisade», en *Aquitaine-Espagne (VIII-XIII siècle)*, Poitiers, 2001, pp. 129-146; C. LALIENA, «Guerra sagrada y poder real en Aragón y Navarra en el transcurso del siglo XI», en *Guerre, pouvoirs et idéologies*, cit., pp. 97-112, art. cit. en nota siguiente y su intervención en la XXXII Semana de Estudios Medievales de Estella (julio 2005), todavía en prensa.

²² La cita está tomada de C. LALIENA, «¿Fue la campaña de Barbastro de 1064 una 'Protocruzada'? Guerra santa y conquista feudal en la frontera del Ebro a mediados del siglo XI», ponencia presentada en las *Segundas Jornadas Internacionales sobre la Primera Cruzada* (Huesca, 1999), sin editar.

²³ J.M. LACARRA, «Los franceses en la reconquista y repoblación del valle del Ebro en tiempos de Alfonso el Batallador», en *Colonización, parias, repoblación y otros estudios*, Zaragoza, 1981, pp. 151-168; C. LALIENA, «Larga stipendia et optima praedia: les nobles francos en Aragon au service d'Alphonse le Batailleur», *Annales du Midi*, 12, 2000, pp. 149-169.

que todos los ricosomes d'Aragón, infançones e caveros, cipdadanos e burzeses e todos los pueblos de nuestra tierra sian tenudos ajudar a defender fidelmente su sennor rey como sennor natural, e sian tenudos de defender las carreras publicas e los caminos e las estradas de toda nuestra tierra, e las ferias e los mercados e todos los omnes andantes e vinientes... como buenos vasallos e di fieles deven fer a sennor natural²⁴.

Otra cosa era la guerra ofensiva, la guerra vista como medio de obtener botín y poder. En esta época temprana, los dos asuntos que condicionan su éxito son el reclutamiento y el aprovisionamiento de vituallas e impedimenta. En ambos desempeña un papel fundamental la demografía ya que debe haber un equilibrio entre el número de guerreros y la necesidad de que muchos campesinos produzcan para poder mantener a los combatientes. Pero también hay una búsqueda de exclusividad y de reservar el uso de la fuerza y sus beneficios a la minoría superior. Cada grupo social tenía asignada una participación y una responsabilidad y siempre que cada uno la cumpliera el funcionamiento de la maquinaria militar estaba garantizado.

La base del ejército era la caballería, formada por los barones e infanzones. Los que no tenían beneficios reales estaban comprometidos a atender la llamada real en casos de batalla campal y asedio de castillo en los que el rey tuviera necesidad, pero sólo, como indican los fueros, a imitación del de Jaca, «cum pane de tres dies et non plus»²⁵, es decir, de manera más o menos figurada, durante tres días, pasados los cuales, una vez salvado su honor y contribuido a ayudar al rey, podían abandonar el ejército, a no ser que el monarca se hiciera cargo de los gastos o les ofreciera contrapartidas en forma de tierras y gracias en las tierras ganadas.

Por su parte, los «tenentes», es decir, los barones que tenían honores recibidos del rey, debían gobernar y administrar el distrito encomendado, construir el castillo para defender la tierra y proteger a los campesinos que vivían y mantener un número de milites armados y dotados de caballo para acudir a la hueste real. La duración de este servicio se establecía en tres meses al año, incluyendo la ida y la vuelta, aunque en ocasiones el tiempo fuera mucho mayor, como por ejemplo en la campaña que Alfonso el Batallador emprendió en 1126 hasta las puertas de Córdoba, que se prolongó durante más de diez meses, por lo que fueron compensados con la obtención de botín y cautivos.

El equipo del caballero²⁶ se componía de caballo aparejado, con silla, freno y demás arreos; las armas ofensivas y defensivas, en concreto la loriga o lorigón, de malla metálica o de anillos cosidos a una vestimenta de cuero, completada con las brafoneras para los brazos, las lúas o guantes y las calzas para las piernas, todo de láminas metálicas; en la cabeza el casco o yelmo, de hierro, cónico para atenuar los

²⁴ Fuero 284, *De defender*, según el manuscrito de los Fueros de Aragón localizado en Miravete de la Sierra (finales del siglo XIII). A. GARGALLO MOYA (ed.), *Los Fueros de Aragón*, Zaragoza, 1992.

²⁵ El fuero latino de Jaca, con esta cláusula tan conocida, en M. MOLHO, *El Fuero de Jaca*, Zaragoza, 1964 (edición facsímil con un tomo de estudios, Zaragoza 2003).

²⁶ M. de RIQUER, *L'arnés del cavaller. Armes i armadures catalanes medievals*, Barcelona, 1968; *Le combattant au Moyen Âge*, París, 1995.



golpes, con protección nasal y un faldón posterior de malla cubriendo el cuello. En la mano izquierda el escudo, de madera recubierta de cuero y con refuerzos metálicos, y en la derecha la lanza que a lo largo del siglo XI se haría más pesada y larga, se sujetaría bajo el brazo y se utilizaría como arma de choque, apoyado el jinete sobre los estribos y dirigiendo el caballo con la fuerza de las rodillas. El armamento se completaba con la espada, de doble filo, larga, con pomo adornado y crucera; podían usar también hachas, cadenas y mazas, éstas de influencia gascona, que causaron admiración y crearon una novedad cuando las llevó al cerco de Huesca el noble Fortún²⁷, por lo que desde entonces se le llamó Fortún de las Mazas.

La infantería, por su parte, jugaba un papel auxiliar en el caso de batalla campal, y los señores aportaban los peones necesarios para atender a los caballeros, al tiempo que villas, ciudades y propietarios rurales contribuían, según las obligaciones adquiridas con el rey, con el envío de tropas de a pie debidamente armadas. En algunos casos, estos peones tenían una especial habilidad para utilizar arcos, ballestas, mazas y ondas, teniendo actuaciones moderadamente importantes, sobre todo como complemento defensivo oportuno al despliegue de zapadores bajo las murallas, como sucedió en Zaragoza y que recogieron fuentes árabes²⁸.

La presencia ya mencionada de nobles ultrapirenaicos en el ejército aragonés, que habían asistido al sitio de Jerusalén en el verano de 1099, aportó una experiencia nueva que nivelaba en parte la tradicional superioridad de los medios defensivos frente a los ofensivos en los asaltos a ciudades fortificadas. Las torres de madera, móviles y fijas, con puentes y protección que permitían la vigilancia y el combate casi cuerpo a cuerpo con los defensores, los ingenios de lanzamiento de proyectiles, como el almajaneque, especie de catapulta, que según dice Ibn Idari, el Batallador llegó a plantar una veintena frente a Zaragoza, permitieron, precisamente, que en esos años se conquistaran ciudades dotadas de excelentes defensas.

3. A MITAD DEL SIGLO XII HAY UN CAMBIO DE ORIENTACIÓN

Con la separación de Aragón y Navarra²⁹ a la muerte del Batallador (1134) y la unión de Aragón y el condado de Barcelona³⁰, a partir de 1137, para constituir

²⁷ La *Crónica de San Juan de la Peña* (cap. 18, ed. C. Orcástegui, Zaragoza, 1986), narra con detalle este episodio: «Et seyendo en esto, un vassallo suyo que yera ayrado et fuera del regno, por servicio suyo vino al rey don Pedro, el qual havia nombre Fortunno, con CCC peones et aduzia diez cargas de maças de Gascunna, et havie gran plazer et perdonolo. Et aquestos fueron muit sennalados en la batalla».

²⁸ J.M. LACARRA, «La conquista de Zaragoza por Alfonso I (18 diciembre 1118)», *Al Andalus*, 12, 1947, pp. 65-96, reed. en *Estudios dedicada a Aragón de José María Lacarra*. Zaragoza, 1987, pp. 79-96.

²⁹ Para apreciar la evolución de Navarra en los años posteriores, puede verse L.J. FORTÚN PÉREZ DE CIRIZA, «Navarra», en *Historia de España Menéndez Pidal*, IX, cit., pp. 607-662.

³⁰ J.A. SESMA MUÑOZ, «Aragón y Cataluña», *ibidem*, pp. 663-752.



la Corona de Aragón³¹, se produce un cambio en el sistema político y social de Aragón. No es un problema que afecte directamente a la concepción de la guerra ni a la configuración del ejército, sino que Aragón se integraba en un nuevo espacio político, más amplio, de mayor capacidad demográfica, que aglutinaba los intereses expansivos de los dos núcleos más poderosos de la parte nororiental de la Península. El potencial militar se vio favorecido por la intensa feudalización existente en los condados pirenaicos catalanes³² que se integraron en un único proyecto expansivo, dirigido hacia las tierras del tramo final del Ebro, que había sido ámbito disputado entre ellos (Aragón, Urgel y Barcelona), razón por la que la conquista no había progresado tanto.

Lo oportuno de la unidad de esfuerzos, se vio muy pronto demostrada, pues antes de 1150 se produjo un rápido avance, emprendido por Ramón Berenguer IV como conde de Barcelona y príncipe de Aragón, siguiendo en lo militar con la misma estructura anterior, que permitió las conquistas de Tortosa, Lérida, Fraga, Mequinenza, el Bajo Aragón y el Bajo Ebro, y que concluirá a finales de la centuria con el control militar de las serranías turolenses, últimas estribaciones del Sistema Ibérico que permitían asomarse a las tierras levantinas.

Es este un gran espacio, conquistado cada vez con menor resistencia militar musulmana, que introducirá en su colonización una novedad decisiva, pues se procederá a la repoblación dejando en un segundo plano a la nobleza laica antigua e impulsando el establecimiento de las Órdenes Militares, de reciente implantación en la península. Al mismo tiempo, con el fin de fortalecer el poder real, se crearon importantes concejos municipales rodeados de amplios términos rurales en los que se asentaron aldeas. Por su situación fronteriza los repobladores de estas villas y aldeas tuvieron que encargarse de la defensa del territorio y aprovecharon, además, la posibilidad de organizar correrías de pillaje y botín al otro lado de la frontera, en territorio islámico³³. Estas actividades imponían, tanto a las Órdenes como a las milicias concejiles, la participación en la hueste real con hombres a caballo.

Los fueros de Calatayud, Daroca y Teruel, las cartas de población otorgadas en las encomiendas templarias y hospitalarias, van a potenciar la búsqueda de pobladores que reunieran la condición de ser cultivadores libres y, al mismo tiempo, hombres de frontera preparados para el uso de las armas. Su capacidad económica les debía permitir el mantenimiento del equipo militar de caballero para hacer la guerra defensiva y ofensiva. Pero no se trata de una dignidad ni una consideración nobiliar, es la caballería ligera, caballería villana, de rápidos movimientos, que se reúne para actuar en muy breve tiempo, organizada en pequeñas cuadrillas y sin

³¹ Como referencia, J.A. SESMA MUÑOZ, *La Corona de Aragón. Introducción crítica*, Zaragoza, 2000.

³² P. BONNASSIE, *La Catalogne du milieu du X à la fin du XI siècle. Croissance et mutations d'une société*, 3 vols., Toulouse, 1975-1976.

³³ Los fueros concedidos a Calatayud, Daroca y Teruel, constituyen los modelos de fueros de frontera, con una ordenación del espacio muy especial, que dará lugar a la aparición, posteriormente, de las Comunidades de Aldea.

apenas complemento de peones, pero muy bien dirigida y controlada por las autoridades concejiles y los comendadores³⁴.

El objetivo principal era la obtención de botín, que era repartido entre todos los integrantes, tanto los que se lanzaban al ataque como los que se quedaban en labores de defensa, según su forma de prestar el servicio. Así, los que lo hacían a caballo, si lo hacían con escudo, lanza y espada, recibían una unidad entera; si no tenían esas armas, sólo la mitad. Si contaban con equipamiento complementario consistente en loriga, ballesta, cadenas, etc., podían recibir hasta dos unidades o caballerías. A los peones se les adjudicaba media unidad, aunque a los que acudían con ballesta y proyectiles se les podía otorgar hasta el lote de un caballero.

De este entorno surgió lo que se ha llamado el espíritu de frontera, en el sentido de que se partía de la facilidad para adquirir un patrimonio fundiario amplio, había tierras de sobra para todo el que acudiera a asentarse, con el complemento además de una ganadería ovina poco exigente por la existencia de amplios espacios de pasto, lo que permitía una dedicación muy generalizada a la guerra de enorme rentabilidad, que proporcionaba además de ingresos extras la posibilidad de ascenso social. Muy pronto, y estamos hablando todavía de finales del siglo XII, el grupo de los mejor dispuestos, capaces de mayor participación en las operaciones fronterizas, se reveló como una elite social que se destacaba del resto de vecinos, beneficiándose de manera muy activa de las campañas que se iniciaron en la frontera del sur, cada vez mejor organizadas por alguno de los nobles de la región y por la monarquía que, sobre todo a partir de 1225, contemplaba la salida de la crisis real a través de la iniciación de una empresa militar contra el islam de grandes proporciones. Las milicias de Teruel y las de Daroca, por ejemplo, intervinieron muy activamente en las primeras acciones sobre Morella y los contingentes de caballería aportados por los concejos constituyeron la parte principal de las huestes de Jaime I que cercaron primero Burriana y a partir de ese momento todo el proceso de conquista del reino valenciano³⁵. Incluso fueron la base del ejército del rey para sofocar las revueltas mudéjares al sur de Valencia ya a finales del siglo XIII³⁶.

Bien es cierto que la conquista del reino de Valencia significó alejar la frontera con los musulmanes y el botín, por lo que el rey, para el mantenimiento de esta fuerza militar, les otorgó ayuda económica derivada del cobro de los peajes, las primicias, porcentajes de las pechas de las aldeas, etc., con el compromiso de «ematis semper guarnimenta ferrea ad opus equorum vestrorum»³⁷, así como franquicia fiscal a perpetuidad, para todos los que mantuvieran un caballo de silla valorado al

³⁴ A. GARGALLO MOYA, *El Concejo de Teruel en la Edad Media (1177-1327)*, 3 vols., Teruel, 1996.

³⁵ Así lo recoge *El Llibre dels Feits*, caps. 170, 171, 211 y 218, entre otros.

³⁶ J.F. POWERS, «Dos reyes guerreros y sus milicias municipales: el ciudadano-soldado en la ley y en la vida», en R.I. BURNS, *Los mundos de Alfonso el Sabio y Jaime el Conquistador*, Valencia, 1990, pp. 123-158.

³⁷ A. GARGALLO MOYA, *El Concejo de Teruel*, cit., pp. 540-550.

menos en 200 sueldos, y el equipo de guerra compuesto de escudo, lanza, capacete y perpunte con loriga o lorigón.

Estamos ante una forma de ejército semiprofesional, en el que se integra aproximadamente el 10% de los varones en edad de llevar armas de la región, empleado en acciones de defensa y ataque no ya frente a los musulmanes, sino en cualquier tipo de guerra que el rey de Aragón mantuvo en la baja Edad Media, como por ejemplo contra Castilla (la guerra de los Dos Pedros).

El otro bloque de la caballería rural puesta en pie simultáneamente, con similares connotaciones sociales a las que acabamos de exponer, se dio a través del desarrollo de las Órdenes Militares³⁸, primero Templarios, Hospitalarios y Santo Sepulcro, después, Calatrava, Montesa, Santiago, Montegaudio, que recibieron posesiones en regiones fronterizas de complicada defensa, como expresivamente dice el documento de Pedro II de Aragón de 1208, que donaba el castillo de Monroyo a los calatravos, que estaba «donde nadie deseaba recibirlo» porque los frailes «no temían exponer sus personas y bienes». No sólo los monjes estaban dispuestos para la guerra, también los que acudían a repoblar sus dominios debían estarlo, como peones los que recibían parcelas menores y con caballo los mejor dotados. Las condiciones de asentamiento fijaban el tiempo de su reclutamiento obligatorio anual siguiendo al maestro o a su comendador a «hacer la guerra o cabalgar». El incumplimiento era penalizado con fuertes multas y la asistencia llevaba aparejada recibir la parte estipulada en el reparto del botín. Las Órdenes se reservaban, siempre, el quinto del ganado y cautivos moros.

Resulta interesante comprobar que en la inmensa mayoría de las cartas de población, las Órdenes se reservan la dirección de las actividades militares, imponiendo a los colonos determinados servicios de armas o el pago de indemnizaciones³⁹. Así, en Calaceite se cobraba hueste y cabalgada; en Belmonte los calatravos exigían acudir tres veces al año a la llamada del ejército; en La Cañada, se penalizaba con cinco sueldos a los de a caballo y la mitad a los peones que no acudían al apellido; en Cantavieja, se obligaba a los vecinos que alcanzaran un cierto nivel económico a mantener caballo, etc.

Es difícil precisar el potencial militar de las Órdenes Militares. Quizá su mayor importancia sea la fijación de unos núcleos de tropas, estables y fijas, totalmente profesionalizadas, distribuidas por el territorio. Aunque los documentos no suelen permitir una mínima aproximación numérica, se puede calcular que los mayores castillos de las grandes órdenes peninsulares dispondrían de una dotación de unos 50 caballeros perfectamente dotados con sus peones; los castillos medianos,

³⁸ M.M. RIVERA GARRETAS, «El origen de la idea de Orden Militar en la historiografía reciente», *Acta Medievalea*, 1, 1980, pp. 77-90. Hace bien poco, la edición de las actas del Congreso sobre *Las Órdenes Militares en el Mediterráneo Occidental (siglos XIII-XVIII)* en 1989 y, sobre todo, las del congreso *Las Órdenes Militares en la Península Ibérica* (Ciudad Real, 1996), volumen I, Edad Media (Cuenca, 2000), han significado la aportación de un enorme volumen de trabajos.

³⁹ M.L. LEDESMA RUBIO, *Cartas de población del Reino de Aragón en los siglos medievales*, Zaragoza, 1991.

muy abundantes, contaban con unos 10 caballeros y entre 20 y 30 peones, y los pequeños, muy numerosos, tendrían unos 4 o 5 caballeros y otros tantos peones⁴⁰.

Quizá la conclusión a la que podemos llegar es que, a comienzos del siglo XIII, en vísperas de las mayores campañas de conquista sobre Mallorca y Valencia, la sociedad de Aragón y Cataluña había desarrollado una nueva forma de participación en las operaciones militares. Las ciudades del norte, muy bien establecidas en su dimensión urbana, habían desarrollado intereses comerciales que les beneficiaba la proyección hacia las Baleares y hacia las tierras levantinas, la nobleza necesitaba seguir incorporada a las guerras de conquista y las gentes de la frontera tenían organizado un entramado cuyo final pasaba por incrementar la actividad.

4. UN PARÉNTESIS PROVOCADO POR LA SITUACIÓN INTERNACIONAL

Al final de las campañas en las serranías turolenses y antes de que Jaime I impulsara las operaciones de expansión por Mallorca y Valencia, tiene lugar un periodo de guerras, lejos del ámbito del reino de Aragón y con unos objetivos muy peculiares, donde el rey y los ejércitos aragoneses participan con objetivos distintos a los mantenidos en las operaciones de conquista frente a los musulmanes.

Se trata de la aportación de Pedro II y la Corona de Aragón a la batalla de las Navas en 1212 y, un año después, la intervención del mismo rey con su ejército en los acontecimientos bélicos provocados por la cruzada albigense en los territorios occitanos, que culmina con su derrota y muerte en Muret⁴¹.

Evidentemente, no es este el lugar para tratar puntualmente los cambios mentales y organizativos que ambos episodios supusieron. Pero sí conviene indicar que las serias diferencias entre ellos y las profundas novedades introducidas por los dos, respecto a las prácticas anteriores, marcarán la trayectoria posterior en el global de los tres conceptos que hemos manejado.

⁴⁰ F. RUIZ GÓMEZ, «La hueste de la Órdenes Militares», en *Las Órdenes Militares en la Península Ibérica*, pp. 403-435. Hay que tener en cuenta que su observatorio está constituido por las órdenes castellanas, en el territorio de la Corona de Aragón las cifras, sin duda, serían muy inferiores. Conocemos, en la documentación de Castellote, la mención de dos o tres *freiles* en torno a 1210, cuatro en 1240, entre siete y nueve hasta 1280; en el caso de los calatravos, llegan a veinte en torno a 1275, siempre con cinco comandadores en otros tantos núcleos, en su mayor parte de origen castellano (C. LALIENA CORBERA, *Sistema social, estructura agraria y organización del poder en el Bajo Aragón en la Edad Media (siglos XII-XV)*, Teruel, 1987, pp. 121-122).

⁴¹ La Tesis Doctoral de M. ALVIRA CABRER, *Guerra e ideología en la España Medieval: cultura y actitudes históricas ante el giro de principios del siglo XIII. Batallas de las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213)*, aborda ambos episodios con la más amplia perspectiva posible. La edición de una parte de la misma, *12 de Septiembre de 1213. El Jueves de Muret*, Barcelona, 2002, constituye una buena muestra del trabajo realizado. Me limitaré, aquí, por tanto, a una somera reflexión de los acontecimientos, dentro del proceso expositivo que estoy desarrollando.



Me refiero, de manera sintética, al hecho de que en los dos acontecimientos se trata de ejércitos del rey, que van a actuar en campañas que afectan de manera directa a los intereses de la monarquía, que no tienen por qué involucrar las aspiraciones de los vasallos, ni siquiera las del círculo más próximo al monarca. Se mueven ambas acciones en ámbitos geográficos alejados del espacio estricto del reino, si bien aludiendo a conceptos políticos que de alguna forma pueden presentarse como partes integrantes de una comunidad superior; la comunidad cristiana frente a los infieles, en el primer caso, la Corona de Aragón y sus derechos históricos, en el otro. Pero, en contrapartida, las dos estaban diametralmente opuestas en cuanto a los planteamientos y justificaciones.

La primera, Las Navas, se integra en una campaña oficial de «guerra santa» contra los enemigos de la fe, al tiempo que contribuye a la defensa del espacio aragonés; la participación en el ejército puede reportar beneficios espirituales y, también, materiales en forma de botín, al margen del interés que estratégicamente significaba para la posterior evolución de la expansión aragonesa. La segunda era abiertamente una operación militar contra cristianos, enfrentándose a las tropas bendecidas por el papa y consideradas «cruzadas» que actuaban contra los enemigos de la Iglesia, lo que significaba que los contendientes al lado del rey de Aragón ayudaban al bando herético y luchaban contra el orden y la justicia papal.

La estructura del contingente militar no parece que variara demasiado con respecto a las actividades anteriores. El ejército del rey estaría formado por las mesnadas feudales y los comprometidos por las obligaciones derivadas de los lazos jurídicos establecidos, constituyendo una hueste similar, más o menos numerosa, igualmente armada y con idéntica voluntad de cumplir el servicio debido, que las anteriores. El concepto, sin embargo, había comenzado a cambiar; se podía hablar de «guerra del rey», en la que no todos, a cualquier nivel, estaban involucrados. Esto puede constituir un precedente a lo que durante el siglo XIV, en las contiendas defensivas contra Castilla, Francia o en las de conquista y pacificación de las posesiones mediterráneas, se podrá escuchar en las Cortes.

Difícilmente estas operaciones podían considerarse defensivas. La incorporación al ejército no era una obligación y rebasaba con creces los compromisos adquiridos por los barones, según los fueros. Las tropas debían recibir una «soldada» que exigía una financiación que o bien aportaba el rey lo necesario de sus finanzas⁴² o se comprometía a satisfacer de los beneficios que recibiría al final. Los magnates y caballeros, que quizá también podrían alcanzar premios por su intervención, se sentirían atraídos por las promesas de otros galardones no materiales, que en muchos casos iban acompañados de la muerte en la batalla.

⁴² La Crónica de San Juan de la Peña, redactada a mediados del siglo XIV para servir de introducción a la crónica del reinado de Pedro IV, señala muy claramente que para financiar la campaña del Midi, cuya finalidad era que «el condado de Tolosa fincas en la casa d'Aragon», Pedro II «enpennyó muytas villas et prisso las diezmas de su tierra et algunos trasoros de las iglesias» (Versión aragonesa, ed. C. Orcastegui, cap. 34).

El hecho fue que el rey de Aragón aportó su ejército a la acción de Las Navas, «passó con todos sus cavalleros et con su gent», y a los últimos acontecimientos bélicos del Midi, «vino con grant poder en ayuda del conte de Tolosa», dice en ambos casos la Crónica de San Juan de la Peña⁴³, añadiendo en este último que «el dito rey, queriendo mas morir con honor que non bivar con desonor» porque nunca había vuelto la cara ante una batalla, «murió en aquella», con otros muchos de sus ricos hombres.

El resultado diferente en las dos operaciones no debió depender de factores internos. Las tropas mandadas por Pedro II de Aragón cumplieron su cometido con el mayor esfuerzo y sacrificio, y como en los tiempos heroicos del siglo anterior, la derrota de la hueste real en Muret estuvo acompañada de la muerte del rey, junto a la de muchos de los principales componentes, arrastrando en este caso una grave crisis de la monarquía, la reorganización de los equilibrios políticos y la renovación de los linajes nobles.

FINAL

La monarquía de Jaime I, tras la crisis padecida por su padre y los graves acontecimientos producidos durante su minoría, debía intentar un giro que desviara los enfrentamientos interiores hacia el exterior y nada mejor que una guerra de conquista, sancionada por la Iglesia y rodeada de una especie de proyecto nacional global.

De esta forma, siguiendo una cierta planificación de las campañas y una organización de los efectivos según las distintas facetas de la lucha, se puede ver el levantamiento del ejército real, contemplado como ejército «estatal», aunque manteniendo los rasgos del viejo sistema feudal. El núcleo tradicional seguía siendo la nobleza, cuyas tenencias se hicieron hereditarias en 1206 y se ampliaron sus compromisos con la concesión de las caballerías de honor o mesnaderías, que eran asignaciones económicas fijas recibidas de las rentas reales, a cambio del servicio militar de un número de guerreros; de esta manera, se ampliaban las prestaciones militares y se obligaban al mantenimiento constante del servicio.

A este grupo tradicional, ahora ya claramente pagado y con los beneficios económicos como casi único objetivo de las intervenciones, se unían los otros dos grupos guerreros, esas milicias concejiles, aportadas por los núcleos urbanos, que buscaban el progreso social y desarrollaban la función de constituir la base de los combatientes al servicio del rey⁴⁴, además de la participación de los hombres de armas que otras ciudades y villas reales, en cumplimiento de los compromisos señoriales con el monarca, debían aportar a la llamada de la hueste real.

Junto a la posible debilidad de los musulmanes, estamos hablando de veinte años después de las Navas, esta es la razón de la enorme galopada, con muy pocas

⁴³ *Ibidem.*

⁴⁴ La organización de estas milicias y su actuación en estos años, queda muy bien analizado para el caso de Teruel en A. GARGALLO MOYA, *El Concejo de Teruel*, cit., pp. 357-366.

batallas y breves sitios, que permitió a la monarquía aragonesa incorporar el reino de Valencia a su Corona⁴⁵. Aunque también explica que tras el control, con el mantenimiento de los antiguos pobladores moros y una participación tan amplia y diversa, una parte de los integrantes del ejército no vieran cumplidas sus aspiraciones y creyeran escasas las contrapartidas obtenidas. La nobleza laica del norte, las jerarquías eclesiásticas y los grupos superiores urbanos se sintieron tratados por debajo de sus merecimientos. De ahí, la negativa a secundar los planes militares del propio Jaime I en Murcia, el inicio de un periodo de constantes revueltas en Aragón y Cataluña que culminaron con el Levantamiento de la Unión de 1283⁴⁶, cuyas primeras acciones fueron los planteamientos de los contingentes militares de elite.

En lo sucesivo, las guerras seguirán estando presentes en la vida política y, sin duda, seguirán siendo su principal motor, aunque tendrán unos objetivos algo diferentes. Un factor que irrumpirá con mucho vigor y alcanzará una gran importancia será el comercial, el de defensa y protección de las rutas de comercio y de los centros de abastecimiento y venta de los productos, lo que implicará en las actividades bélicas a los grupos urbanos deseosos de ampliar su campo de actuación en espacios alejados de sus metrópolis. Este elemento, que quizá estaba ya implícito en las operaciones de Mallorca, se hará más elocuente en las de Sicilia y Cerdeña y, en general, en la llamada expansión mediterránea de la Corona.

Se transformará, con ello, la participación y la financiación de las guerras de conquista, que deberán sufragarse con dinero público y no ya con la participación directa de los hombres de armas⁴⁷. La guerra pasará a convertirse en la fórmula más oportuna para la recaudación de impuestos extraordinarios. Por otra parte, la guerra, sobre todo la defensiva, seguirá siendo el mejor argumento de cohesión interior y de fortalecimiento del poder establecido; el uso de la propaganda bélica contra enemigos externos servirá de discurso al monarca y a los grupos dirigentes para impulsar el llamado «Estado Moderno»⁴⁸.

De otra forma, guerra, ejército y sociedad seguirán unidos durante varios siglos más.

⁴⁵ Como relato del proceso de conquista, puede verse A. UBIETO ARTETA, *Los orígenes del reino de Valencia*, Zaragoza, 1979. Otros aspectos de la misma en R.I. BURNS, *El Reino de Valencia en el siglo XIII (Iglesia y sociedad)*, 2 vols., Valencia, 1982; E. GUINOT, *Feudalismo en expansión en el norte valenciano*, Castellón, 1986.

⁴⁶ L. GONZÁLEZ ANTÓN, *Las Uniones aragonesas y las Cortes del Reino*, 2 vols., Zaragoza, 1975.

⁴⁷ J.A. SESMA MUÑOZ, «Fiscalidad y poder. La fiscalidad centralizada como instrumento de poder en la Corona de Aragón (siglo XIV)», *Espacio, tiempo y forma. Rev. de la Facultad de Geografía e Historia*, UNED, 4, 1989, pp. 447-463.

⁴⁸ Para la Corona de Aragón, pueden verse mis trabajos «Estado y nacionalismo en la Baja Edad Media. La formación del sentimiento nacionalista aragonés», *Aragón en la Edad Media*, VII, 1987, pp. 245-273, y «La nobleza bajomedieval y la formación del Estado Moderno en la Corona de Aragón», en *La nobleza peninsular en la Edad Media*, León, 1999, pp. 344-430.